

A romantic close-up of a man and a woman about to kiss. The man is on the left, looking down at the woman on the right. The woman has long, wavy brown hair and is looking up at the man. The background is a plain, light color.

OLGA SALAR

*Una fiesta
en el Edén*

A romantic close-up photograph of a man and a woman about to kiss. The man is on the left, looking towards the woman on the right. The woman has long, wavy brown hair and is looking back at the man. The background is a plain, light grey color.

OLGA SALAR

*Una fiesta
en el Edén*

Una fiesta en el Edén

©2018, Una fiesta en el Edén © 2018 Olga Salar.
Registro en SafeCreative. Código de registro: 1802265891312.
Imagen original vectorial: AdobeStock.
Diseño ©Lorraine Cocó.

[Prólogo.](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Próxima y última entrega de la serie Edén:](#)

[Sobre Olga Salar](#)

[Otras obras de la autora](#)

Prólogo.

No sé cómo he acabado trabajando de camarera en el Edén, o bueno sí que lo sé. La culpa la tiene mi maldito defecto de no saber decir que no. Debería practicar más a menudo, pero tras una relación de casi cinco años en la que la palabra que siempre tenía en los labios era sí, el tema se me hace complicado.

El amor siempre es complicado. Al menos así ha sido en mi caso.

Observo a mis amigas ir de aquí para allá, colgadas del brazo de sus novios y tengo la sensación de que me he vuelto una cínica en el amor. Sé que no puedo generalizar, que todos los hombres no son iguales y bla, bla, bla... Pero el caso es que tengo tan mala suerte que seguro que si me planteo volver a buscar pareja, me topo con un clon de mi ex.

Cínica o no, trato de concentrarme en mi trabajo de hoy. Un trabajo excepcional para ayudar a un nuevo amigo. Y aunque jamás me vi a mí misma como camarera antes de este momento, está claro que en la vida todo es ponerse. Sea como sea el caso es que estoy sirviendo copas en la fiesta de la boda de la hermana de Víctor, y la futura cuñada de mi amiga Jud.

Cuando se me acerca Sam para decirme que tengo un descanso de un cuarto de hora, doy gracias al cielo porque podré quitarme los zapatos aunque sea unos minutos. Debería haberme puesto calzado cómodo, pero nunca he

trabajado de camarera y he pecado de optimista.

Sin pensar hacia dónde me dirijo cojo un refresco de la nevera de atrás y salgo por la misma puerta por la que entré: la principal.

No sé por qué lo hago, quizás sea porque el tipo de la entrada, que me parece tan imponente y solitario como yo, tiene un punto misterioso que me gustaría descifrar.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Jacob en cuanto se da cuenta de mi presencia.

—Son mis quince minutos de descanso. —Me avergüenza tener que justificarme, pero es que por muy guapo que me parezca hay algo en él que me atrae y me pone nerviosa al mismo tiempo.

—Lo sé. Me refiero a qué haces aquí delante. Normalmente todos van a la parte de atrás que está más tranquila.

—¡Oh!

Está claro que no le hace mucha gracia que esté aquí y, lo cierto es que me lo esperaba. Jacob no tiene aspecto de ser muy sociable. Y yo siempre he pecado de ser demasiado optimista.

Otro defecto que añadir a la interminable lista.

—Lo siento. No quería molestarte. Es que no lo he pensado.

—No me molesta, pero la próxima vez saca un botellín de agua fría contigo. Estoy sediento.

Sonrió con timidez. ¿Acaba de aceptar mi compañía o estoy soñando? Casi estoy tentada a quedarme con la primera opción, pero por si acaso lo dejaré en interrogante no vaya a llevarme un chasco después.

—De acuerdo.

Me mira un segundo y puedo jurar que casi sonrío. Casi.

Capítulo 1

Definitivamente tengo que aprender a decir que no y a ser contundente cuando lo haga. Si lo hubiera hecho ahora no estaría a punto de hiperventilar porque sin darme cuenta acabo de decirle a Sam que sí, que sustituiré a Víctor hasta que mi nuevo jefe le encuentre un sustituto. Pues este ha dejado el Edén ahora que sale con Jud.

—Abby, ¿estás bien? —me pregunta una voz que surge de la nada.

Se suponía que estaba sola. De hecho, he salido hasta la puerta para estarlo. El despacho de Adam no me parecía muy seguro y Sam iba de acá para allá, organizando los suministros.

Por otro lado, es curioso que solo haya hablado en una ocasión con él y aun así, sepa de quien es la voz antes de darme la vuelta.

Me giro cara a él, sorprendida de que Jacob esté aquí. Y tengo que morderme la lengua para que no se me escape lo que estoy pensando. Jacob está impresionante vestido con ropa de color. Hasta ahora siempre que lo he visto, iba ataviado con ropa negra y verlo ahora en vaqueros y con una camisa roja y negra me impresiona más de lo que deseo verbalizar.

Dirijo mis pensamientos hacia lo sorprendente que es encontrarlo allí, para evitarme problemas con mi incontinencia verbal.

Es lunes a mediodía y el único motivo por el que yo misma estoy aquí

es porque Sam me ha citado para pagarme el salario del fin de semana.

Un salario que, he de reconocer, que me ha impresionado.

La hermana de Víctor se casó y yo le sustituí el finde completo y ahora, por lo visto, voy a hacer más que eso y a convertirme en la nueva camarera del Edén hasta que Sam dé con otra incauta.

—Sí, sí. —Atino a responder.

—Estás más pálida que de costumbre. —El comentario me molesta más de lo esperado, después de todo debe de ser cierto.

—Estoy bien. ¿Qué haces tú aquí?

—He quedado con Sam para comer.

—Claro.

—¿Claro? —inquiérese sin dejar de mirarme con fijeza.

Otro de mis defectos es que se me escapan los pensamientos casi sin darme cuenta. Verbalizo lo que pienso, sea lo que sea, mientras lo estoy pensando. Lo que me crea algún que otro conflicto y por eso me veo ahora en la necesidad de explicarme ante Jacob.

—Quiero decir que tendrás mucho tiempo libre si solo trabajas los fines de semana.

Jacob me mira de un modo que impone. Tengo la sensación de que sin querer le he ofendido.

—No trabajo solo los fines de semana.

—¿Ah, no?

—No. Soy contable, Abby. Trabajo de lunes a viernes como todo el mundo. Lo del Edén es un extra.

—¿Contable?

Asiente.

—No tienes pinta de contable.

Se ríe, Es la primera vez que lo veo hacerlo y he de reconocer que se le ve increíble con los labios estirados y los ojos brillantes.

—Eres la primera persona que me lo dice —apunta con ironía.

—Lo siento.

—No lo sientas. Cuando comencé a estudiar económicas tenía muchos planes, como fundar mi propia empresa. —Se encoje de hombros—. Al final tuve que conformarme con la contabilidad.

—¿Por qué?

—Necesitaba trabajar desde casa. Ahora llevo las cuentas de varias empresas, así como las del Edén.

Estoy a punto de preguntarle el motivo por el que necesita trabajar desde casa, pero aparece Sam y el momento pasa.

—¿Has visto que ya tengo nueva camarera? —anuncia Sam, sonriente.

—No lo sabía. Has sido rápido.

—Rápido y eficaz, como siempre —alardea Sam.

E incluso yo, en mi estado de nervios, me rio del comentario.

Capítulo 2

Normalmente no estoy tan mal. Cierto que los primeros días tras la ruptura parecía un zombi, pero al final he logrado reponerme.

Mis amigas, sobre todo Jud, me han animado para que siga adelante y lo cierto es que lo he hecho.

El problema de hoy es que, de haber seguido con Alex, habríamos cumplido cinco años. Aunque no quiera, el día me pesa como una losa. Porque nada es como había imaginado y siento que he perdido el tiempo y ahora tengo que comenzar de cero de nuevo.

Y lo peor de toda esta situación es que me siento culpable por estar triste y eso solo logra que me encuentre peor. No me queda nada en lo que descargar mi malestar, acabé con nuestras fotos el mismo día que me contó que había dejado embarazada a otra y, no tardé ni un día en poner sus cosas en cajas y enviárselas a su nuevo hogar.

Sé que Jud lo arreglaría con una película romántica y muchos pañuelos de papel, y que Eva optaría por salir a bailar para quemar la rabia, pero yo soy distinta. Y que quede claro que no es una queja. Me gusta como soy. Me siento bien conmigo misma, casi todo el tiempo.

Para mí lo ideal sería quedar con ellas y charlar hasta quedarme sin saliva. Desahogarme con ellas contándoles lo mal que estoy y lo odioso que es

Alex y cuando lo hubiera soltado todo me sentiría infinitamente mejor. Está claro que soy de las que creen que el mundo funcionaría mejor si los problemas se solucionaran con palabras y no con armas. Lo que sucede es que tanto Jud como Eva tienen a sus parejas y, aunque estoy segura de que las dejarían de lado si les contara que las necesito, lo cierto es que no deseo molestarlas.

Lo que necesito es a alguien que esté ahí para mí. No hablo de relaciones románticas que suelen acabar en desastre sino de un amigo. Da igual el sexo, lo importante es que sepa escuchar y que esté tan solo como yo.

Lo malo es que para dar con alguien que esté como yo hay que salir, y eso es lo que menos me apetece últimamente.

Sigo dándole vueltas al tema cuando, de repente, mi teléfono empieza a sonar.

Me remuevo en el sofá, donde me he dejado caer al llegar a casa, y lo busco por debajo de los cojines. Cuando por fin doy con él se ha cortado la llamada y no reconozco el número.

Estoy deprimida y sola y tengo una llamada de un número que no conozco, seguramente se deba a mi vena optimista, pero la opción de responder me parece totalmente apropiada.

Devuelvo la llamada con el corazón latiéndome a toda velocidad. No puedo quitarme la sensación de emoción que me embarga, como si estuviera

haciendo algo peligroso que me disparara la adrenalina. «¡Qué vida más aburrida tengo!», me digo mientras el móvil da línea.

—Abby, menos mal que doy contigo —dice la voz y durante unos segundos me quedo en blanco. Entonces vuelve a hablar y por fin me sitúo.

—Hola, Sam. ¿Sucede algo?

—Te has ido sin firmar el contrato.

—Creía que habíamos terminado. Además, ha venido Jacob y pensaba que tenías una reunión con él.

—Jacob se ha encerrado en el despacho con Adam para revisar las cuentas, yo solo le he acompañado, y cuando he salido ya no estabas.

—Lo siento.

—No te preocupes. Lo podemos hacer ahora. ¿Me paso por tu casa?

Me lo pienso unos segundos.

—¿Tienes planes para esta noche?

Siento que Sam titubea antes de responder.

—No, ¿por qué?

—Estoy teniendo un muy mal día. ¿Quieres cenar conmigo? Invito yo.

—¿Cómo amigos?

Tardo más de lo normal en entender lo que me está preguntando, pero cuando lo hago no puedo disimular la risa y estallo en carcajadas.

—Por supuesto. Eres muy atractivo, Sam, no me malinterpretes, pero

ahora mismo lo único que necesito es un amigo.

—Entonces tienes una cita para cenar. —Noto la risa en su voz cuando responde.

—Perfecto, solo una cosa, Sam. ¿Por qué has pensado que te tiraba los tejos?

—Porque Jud me preguntó por ti el otro día.

—¿Cómo dices?

—Te recojo en media hora —dice cortándome.

—No sabes dónde vivo —le espeto enfadada por lo que fuera que Jud le haya dicho de mí.

—Lo pone en tu contrato. —Cuelga.

Capítulo 3

Es una pena que Sam no me atraiga, sentimentalmente hablando, porque es una persona maravillosa. Lo primero que me llama la atención de él durante la cena, a la que le he invitado para olvidar mis penas, es su capacidad de empatizar con los problemas de los demás, lo que me descoloca profundamente porque su apariencia física da una imagen distorsionada de cómo es en realidad.

Y no lo digo porque con su cabello rojo, sus ojos oscuros, los tatuajes y su lengua bífida no sea atractivo, nada más lejos de la realidad. Estoy convencida que en el Edén se hace un casting en el que se valora el atractivo masculino y por eso tanto los empleados como los dueños son guapísimos.

A lo que me refiero es a que aunque mantiene una apariencia misteriosa y tanto sus gestos como sus palabras veladas dicen más de lo que parece a simple vista, cuando se abre aunque sea una milésima de milímetro deja a la vista a un hombre tan cercano que es capaz de comprender lo que se siente cuando alguien te abandona.

—Si te soy sincera los primeros días tras la ruptura con Alex me sentí una estúpida integral. Puede que incluso llegara a culparme.

—¿Culparte? ¿Por qué? No fue culpa tuya, Abby. Fue una decisión que tomó él solo sin tenerte en cuenta a ti.

—Tendría que haberlo visto venir. Las pistas estaban delante de mí y no me di cuenta de nada.

Sam alarga la mano y coge la mía.

—No es tan fácil, querida. Por muy imbécil que me parezca el tal Alex estoy seguro de que lo disimuló de todas las maneras posibles para que tú no sospecharas.

—Aun así. —Me encojo de hombros.

—No, Abby, no pienses en eso —me suelta y vuelve a centrarse en la comida.

—Y dime, ¿tú qué tal?

—¿A qué te refieres?

—¿Tienes pareja?

Abre los ojos exageradamente y yo me rio por la broma.

—¡No!

—No suenes tan horrorizado, lo raro es que no la tengas.

—¿Estás tratando de halagarme? —Sonríe.

—¡Oh! ¡Venga! Sabes que eres muy atractivo, Sam. No finjas.

Me mira sonriente.

—¿Has dicho muy, Abby? ¿Muy? Vaya, esto es mejor de lo que esperaba.

Me doy cuenta que está bromeando con el tema para evitar responder a

mi pregunta y después de lo bien que se ha portado conmigo no quiero presionarlo para que me lo cuente, así que cambio de tema.

—¿Desde cuándo conoces a Adam?

—De toda la vida.

Alzo las cejas a la espera de que se explique mejor.

—Adam, Jacob y yo crecimos juntos.

¿Otra pregunta que no desea responder?

—¿Erais vecinos?

—No, vivíamos juntos. En la misma casa. En realidad no era una casa propiamente dicha sino un hogar de acogida. Adam, Jacob y yo somos huérfanos.

—¡Vaya! Al final va a resultar que tu vida es más triste que la mía — apunto con asombro.

Eso sí que no me lo esperaba. Ni Eva ni Jud me han contado nada.

Alzo la cabeza y le miro cuando me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta. Inconscientemente me he llevado la mano a los labios, pero ya lo he dicho y no puedo borrarlo.

Me relajo cuando le veo sonreír. No parece ofendido.

—Lo siento. No quería decirlo en voz alta.

—No te preocupes. Tienes razón. Mi vida ha sido más triste que la tuya, lo que significa que pagas tú la cena.

Sé que he sido una impertinente y sé que me ha perdonado por ello así que sonrío y acepto de buena gana.

—De acuerdo, pero la primera copa corre de tu cuenta.

—¿Copa? ¿Estás segura de que esto no es una cita? —me pincha.

—Lo siento, Sam. Eres muy guapo —remarco el muy—, pero no eres mi tipo.

Se ríe tan fuerte que me preocupa que nos echen por escandalosos.

Capítulo 4

Hoy es mi primer día como camarera oficial del Edén y Eva se ha empeñado en traerme ella por lo que para volver a mi casa, cuando acabe la jornada, tendré que recurrir a Sam porque mi amiga tiene planes con Adam.

Lo cierto es que no me importa, desde el lunes que cenamos juntos hemos estado en contacto todos los días. El miércoles fuimos a tomar algo después del trabajo y ayer me llamó cuando estaba tirada en el sofá, en pijama y charlamos hasta la hora de irnos a dormir.

Me gusta Sam y me encanta ser su amiga. Tras mi día de bajón la semana comenzó a remontar en todos los ámbitos e incluso Jud me ha ofrecido ser su socia en la agencia. Por supuesto le he dicho que sí y doy gracias de haber aceptado el empleo que me ofreció Sam porque gracias a él voy a poder pagarle a Jud la mitad del capital que invirtió de manera que la sociedad sea al cincuenta por ciento.

Visto lo visto tengo la sensación de que Sam es adivino porque siempre logra anticiparse a las necesidades de todos. Ya lo hizo con Eva y con Jud y ahora lo ha hecho conmigo.

—¿Todo bien? —pregunta Eva que está en la misma barra que yo.

—Sí. Creo.

—Tranquila. El otro día lo hiciste muy bien. Además va a venir Jud

para darte ánimos.

—¿Vendrá con Víctor?

—Seguro que sí. Ya sabes que son inseparables. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Crees que Víctor se meterá conmigo dentro de la barra si me veo muy perdida?

Eva se ríe creyendo que es una broma, pero hablo completamente en serio.

La noche va mejor de lo que espero y cuando Sam me avisa de que tengo mi primer descanso, cojo la botella de agua de la nevera y salgo por la puerta principal. Noto que Eva me observa con curiosidad, pero no me detengo a darle explicaciones.

Lo cierto es que tengo ganas de pasar unos minutos con Jacob y todavía no he logrado descifrar el motivo por el que me siento tan atraída por él.

Apenas hemos hablado en un par de ocasiones y cuando lo hemos hecho nuestra conversación no ha sido que digamos trascendental. No obstante, ahora que sé que tanto él como Adam, y el propio Sam, fueron niños sin hogar me fascina conocer la historia completa. ¿Cómo han sido capaces de conseguir el éxito partiendo de nada?

Jacob incluso fue a la universidad y si no me equivoco es probable que incluso tenga una parte del negocio del Edén.

Sin decir nada dejo la botella de agua sobre la mesa alta que tiene delante y le observo antes de que se dé cuenta. Es alto y fornido, pero lo que más llama la atención de él es esa pose que inspira seguridad. Se le ve sólido, no creo que sea de las personas que se desmoronan ante la adversidad.

Se da la vuelta cuando ve el agua y me sonrío.

—Gracias.

—De nada.

Le veo levantarse del taburete alto en el que pasa las horas.

—Siéntate —ofrece.

—No, gracias.

Me observa a la espera de que le haga caso. Es más efectivo que el que lo vuelva a repetir con palabras, porque cuando me doy cuenta ya estoy sentada.

—Debes de tener los pies reventados, tantas horas de pie...

Me miro los zapatos un segundo, después levanto el pie y se lo enseño con una sonrisa de orgullo.

—Zapatillas.

Él vuelve a sonreírme.

—Buena elección.

—La primera vez vine con falda y tacones. Ya he aprendido la lección.

—Lo recuerdo —dice y siento que enrojeczo de placer y vergüenza.

Los quince minutos se pasan en un abrir y cerrar de ojos.

—Tengo que volver.

—Estaré aquí para tu siguiente descanso —dice. Y sí, esta vez estoy completamente segura. Acaba de invitarme a volver.

Capítulo 5

El sábado, en mi primer descanso, salgo de nuevo donde está Jacob. Al llegar apenas sí me ha saludado lo que me ha tenido dándole vueltas al porqué.

Ayer cuando salí para estar con él en mi segundo descanso se mostró encantador e incluso había sacado una silla para mí, para que pudiera sentarme a su lado y descansar los pis.

Por ello hoy estoy tan desorientada.

No recuerdo haberle dicho nada inapropiado. De hecho estoy segura de que evité pensar en nada por temor a verbalizarlo, así que no comprendo su actitud de hoy.

Como el día anterior dejo la botella de agua sobre la mesa y espero que sea consciente de mi presencia.

No tarda ni un segundo en darse cuenta de que estoy aquí.

—¿Estás saliendo con Sam? —la pregunta es tan directa y repentina que me deja sin respuesta unos segundos.

—No.

—¿Te llevo a casa ayer?

¿Cómo lo sabe? Cuando nos fuimos él no estaba a la vista.

—Sí.

Vuelve a hacer lo mismo que el día anterior. Me observa a la espera de que le dé una explicación. No habla solo me mira y tengo la sensación de que utiliza la misma táctica que usaba mi padre para hacerme hablar cuando había cometido alguna infracción sin importancia.

—Sam y yo somos amigos. Ya sabes, de esos que salen a cenar y se cuentan sus penas.

—¿Solo amigos?

—Sí. Creía que conocías a Sam lo bastante como para saber que no quiere saber nada de relaciones.

—Conozco a Sam tanto que podría decirse que es como mi hermano. Por eso te he preguntado. Eres la clase de chica que haría que un hombre se replanteara sus principios solo por complacerte.

Enrojezco de nuevo. Este hombre es capaz avergonzarme a una velocidad pasmosa.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Lo es.

—¡Gracias!

—De nada. —Sonríe—. Siéntate. Hoy no te he sacado la silla. No sabía si vendrías.

—¿Por qué no...? —Me callo y me siento.

Cuando terminamos Eva me pone al día del plan. La semana anterior no hubo desayuno porque la fiesta de boda de Violet duró demasiado y al terminar todos estaban agotados, pero esta noche o mejor dicho, madrugada, vamos a seguir la tradición y a desayunar todos juntos.

Según me cuenta mi amiga antes iban a un viejo cine en el que les ponían una película de culto y desayunaban mientras la veían. Tortitas, crepes, fruta... Lo que quisieran. Lo que sucedió era que Jacob salía con la hija de los dueños, Melanie, quien también trabajaba en el Edén y cuando la relación se rompió dejaron de ir por allí.

De modo que en lugar de tortitas y jarabe de arce ahora para desayunar tenían rollitos de primavera y arroz tres delicias. Habían cambiado el cine por un restaurante chino que no cerraba y que disponía de una sala de karaoke.

—¿Qué te parece? —pregunta Eva ilusionada.

El problema es que no me quito de la cabeza que Jacob estuviera saliendo con alguien y no logro concentrarme en las palabras de Eva.

¿Sería por eso por lo que me ha preguntado por Sam? Porque ve normal que gente que trabaja junta tenga relaciones.

—¿Abby?

—Sí, perdona. Me parece genial. Lo cierto es que tengo hambre.

—Eva sonríe.

—¡Fabuloso!

—Con que novia —musito en cuanto me quedo sola.

—¿Quién? —pregunta Sam saliendo de detrás de mí.

—¿Cómo dices?

No responde. Sonríe cuando entiende que estaba hablando sola.

—No hace falta que cojas tu coche para ir a desayunar. Ve con Jacob, luego te traerá a recogerlo. Solemos coger solo un par de vehículos —dice y me guiña un ojo.

¿Cómo narices sabe que me siento atraída y desconcertada por él?

Bueno, asumo que es Sam y que por algún motivo que desconozco mi amigo lo sabe todo.

Recojo mi bolso y me encamino hacia la puerta del despacho de Adam donde se han concentrado todos para repartirse en coches.

Justo cuando estoy a punto de acercarme a Jacob para pedirle si puedo ir con él, Adam habla y me quedo helada en mi sitio.

—Jacob, ¿tú llevas a Christina, como siempre?

Él asiente y yo aparto la mirada.

El otro camarero está diciendo que irá en su coche porque al día siguiente tiene que madrugar. No obstante, dejo de prestarle atención porque no puedo quitarme de la cabeza a la tal Christina, una rubia bajita de medidas perfectas.

—¿Abby? —pregunta Adam—, ¿vienes con nosotros?

—No. Iré con Sam.

Noto que el aludido me coge por la cintura y me pega a su costado para aclararme en un susurro que solo son amigos.

—Me da igual.

—¿Segura?

—Sí.

Capítulo 6

Estoy tan cansada y el coche de Sam es tan cómodo, que a punto estoy de quedarme dormida. El único motivo por el que logro no hacerlo es porque no puedo quitarme de la cabeza a la tal Melanie, que ni siquiera conozco y a Christina a la que sí tengo la mala suerte de conocer porque sé lo perfecta que es.

—Puedo escuchar tus pensamientos desde aquí —me pincha Sam.

—¡Seguro que sí!

—Te aseguro que puedo. Y no es lo que crees. Christina y Jacob solo son amigos. Christina es la mejor amiga de Melanie.

—¡Maravilloso! Esto mejora por momentos.

Sam se ríe sin disimulos.

—¿Por fin acabas de reconocerme que te gusta?

Le miro y aparta un segundo la mirada de la carretera para devolverme el gesto.

—Me resulta interesante. O me gusta, si lo prefieres.

—¿Te resulta interesante? Eso ha sido un poco patético, querida.

—No quiero precipitarme ni ilusionarme y volver a sufrir. Perdona si quiero ir despacio y valorar mis opciones.

Sam suelta una mano del volante y busca la mía.

—Eso sí que lo puedo entender y me parece muy justo. Prometo no volver a bromear con tus sentimientos.

Aprieto su mano con afecto.

—Eres maravilloso. Es una pena que no pueda quererte de ese otro modo. —Y cuando soy consciente ya lo he soltado.

No era mi intención decírselo a él, pero no puedo controlar los pensamientos que se agolpan en mi mente.

—Lo mismo digo, Abby. Lo mismo digo.

Cuando llegamos al restaurante me topo con que mis compañeros han acaparado una mesa redonda de la esquina. Algo completamente innecesario porque aparte de los dueños, somos los únicos que hay en el local.

Deliberadamente no miro a Jacob.

Debería haberme tomado las cosas con más calma, sobre todo después de Alex. Y como no lo he hecho he decidido que este es un momento tan bueno como cualquier otro para empezar a hacerlo.

Tomo asiento al lado de Eva, que lleva señalándome la silla vacía a su lado desde que he entrado y miro a Sam quien capta al segundo lo que deseo y se sienta junto a mí.

—¿Todo bien?

—Perfecto.

Me giro hacia Eva para no resultar grosera y mi amiga me cuenta lo genial que está la comida y lo divertido que es el karaoke.

—Seguro que sí.

Debo de sonar poco convincente porque Eva se pone de pie de un salto y me toma de la mano para que haga lo mismo.

—¿Qué pasa?

—Vamos a cantar juntas.

—¿Cómoooooo? —Alargo la última vocal cuando el asombro me embarga.

Mis compañeros empiezan a corear nuestros nombres y Eva se sube arriba. Conociéndola estoy segura de que no es la primera vez que lo hace.

Medio aturdida dejo que me lleve hasta la parte delantera del restaurante y es cuando me doy cuenta de los micrófonos y de la televisión que estaban ocultos tras una cortina de un chillón color rojo con borlas y remates dorados.

—¿Te sabes *She loves control*? De Camilla Cabello.

Asiento consciente de que no me va a salir la voz. Pero entonces miro hacia donde está sentado Jacob y al verle inclinado sobre Christina la ira que no sabía que todavía me quedaba en el cuerpo me quema y arde en mi pecho.

Ira por mi estupidez. Por no haber aprendido ya la lección sobre los hombres. Ira por Alex, por lo que me hizo y por lo que me hice a mí misma al

no darme cuenta de la clase de persona que era, e ira por no darme el valor que me merezco. Por sentirme inferior a otra mujer, por muy perfecto que sea su cuerpo.

Así que le arrebató el micrófono a Eva, quien se sorprende por mi gesto y comienzo a moverme cuando suenan los acordes de la canción.

Cold, 'cause she has been here before
She doesn't cry anymore, no looking back
No, she doesn't go to the bar
Too many lovers she scared
And they want her back
She loves control, she wants it her way
And there's no way she'll ever stay unless you give it up
She loves control, she wants it her way
And all it takes is just one taste, you wanna give it up^[1]

Me muevo como si en realidad supiera lo que estoy haciendo. Como si tuviera el control. Eva se mueve a mi lado y aunque no la veo sé que no me llega a la suela del zapato. Mi cuerpo arde por la rabia y la pena y el baile es el modo de dejarlos salir.

Cuando las letras aparecen en la televisión las canto con la misma sensualidad con la que bailo. Eva trata de seguirme, pero se da por vencida

cuando comprende que estoy en trance.

Durante los casi tres minutos que dura la canción no miro a nadie, no centro la atención en nadie. Después de todo soy yo la que tiene el control.

Son los aplausos los que me sacan de la ensoñación. Cuando centro mi atención en la mesa de mis compañeros los veo a todos en pie, Christina incluida, aplaudiéndome.

Giro la cabeza para buscar a Eva y la miro avergonzada.

—Lo siento.

—¿Qué dices? Está claro que necesitabas sacarlo y acabo de descubrir que soy un hacha para encontrar las canciones adecuadas para que haya catarsis.

Me rio y la abrazo.

—Jud va a matarme. ¿Lo sabes? —dice sin soltarme.

—¿Por qué?

—Por haberse perdido la mejor actuación de la historia de la música.

Capítulo 7

El domingo estoy tan molesta que me paso la mañana haciendo números. Si todo va bien, ahorrando todo lo que pueda y trabajando en el Edén, en unos tres meses habré reunido el dinero necesario para ser socia al cincuenta por ciento de Jud y, cuando eso suceda podré dejar de trabajar en el Edén y volver a mi vida normal.

O siendo más clara, dejaré de ver a Jacob y ya no tendré que preocuparme por mi nefasta vida amorosa.

El resto de la semana lo divido entre las chicas y Sam. El lunes como con ellas y el miércoles y el jueves ceno con Sam en su casa.

Me vuelve a sorprender cuando es él quien cocina y lo cierto es que lo hace de maravilla.

Su casa es enorme y está llena de fotografías. Una de ellas me llama la atención. En ella están Adam, Jacob y Sam con una chica preciosa de pelo casi tan rojo como el mío. Debe de tener unos quince años y es preciosa.

—¿Quién es? —pregunto con la fotografía en la mano.

Sam sonrío, pero aun así tengo la sensación de que está incómodo. Creo que he dado con uno de esos temas que tanto se esfuerza por evitar. Consciente de que es su espacio la vuelvo a dejar donde estaba y le devuelvo la sonrisa.

Los dos sabemos que no va a responderme y ambos lo tomamos como algo natural.

—¿Sabes que eres la clase de mujer con la que he soñado toda mi vida?

—¿En serio?

—Te lo prometo.

—¿Y clase de mujer es esa?

—¿Estás esperando que te regale los oídos?

—Por supuesto. —Le guiño un ojo.

—Una mujer preciosa, por supuesto.

—Por supuesto —corroboro.

—Inteligente, pero sobre todo, que sea capaz de entenderme incluso cuando no me entiendo ni yo mismo.

—No pides nada tan extraordinario, Sam. Estoy segura de que hay alguna chica estupenda esperando por ti.

—No lo creo, Abby. No lo creo.

El viernes voy a trabajar al Edén con una decisión firme. No voy a volver a acercarme a Jacob. No es bueno para mi salud mental.

Los hombres están fuera de mi vida ahora mismo y si quiero que las cosas vuelvan a funcionar tiene que seguir siendo así.

Por ese motivo entro al Edén a toda prisa, aprovechando que él está hablando con Marco, el camarero.

Y cuando Samael se me acerca para decirme que haga el descanso me encamino a la parte trasera del Edén. Para mi sorpresa me encuentro con Christina allí. Está fumando un cigarro y me sonrío al ver que me acerco.

Ya descubrí en el restaurante chino que era una chica encantadora y muy charlatana. Tanto que los quince minutos de descanso se me pasan en un suspiro. Y me siento culpable por haber sentido resquemor por ella sin conocerla.

Cuando regresamos, cada una a su barra, me doy de bruces con Jacob que se ha acercado hasta mi barra para pedir una botella de agua.

—¿Ya has hecho el descanso?

—Sí.

—¿Va todo bien? —Y aunque la pregunta es inocente sé a qué se refiere con ella.

—De maravilla.

Asiente y se aleja con su botella de agua en la mano.

Y ese breve encuentro es el que mantengo con él en todo el fin de semana. Y, aunque se supone que evitarle me va a hacer sentir mejor, el caso es que no lo hace sino más bien todo lo contrario.

Capítulo 8

Cuando terminamos de trabajar el sábado estoy tan cansada, física y emocionalmente que me disculpo con Eva y con Sam y me marcho a casa. No estoy precisamente para desayunos por lo que cuando llego a casa me doy una ducha rápida para relajarme y me pongo el pijama más cómodo que tengo.

A pesar de que es de día me limito a correr las cortinas y bajar apenas las persianas, me gusta dormir entre penumbra.

Ya me he descalzado y estoy a punto de meterme en la cama cuando suena el timbre del portal. Sobresaltada miro mi móvil en busca de llamadas o mensajes que me anuncien alguna desgracia, pero no hay nada.

Sin ponerme nada en los pies me acerco al telefonillo y descuelgo. No hace falta que pregunte quien es porque puedo verlo por el video portero. Lo que no comprendo es qué hace aquí.

—¿Sí?

—Abby, soy Jacob. ¿Puedo subir?

Hago una inspiración profunda antes de responder y ni siquiera después lo hago. Me limito a abrirle la puerta para que entre.

Agacho la cabeza para mirar lo que llevo puesto: una vieja camiseta y unos pantalones cortos que deberían haber pasado a mejor vida. No estoy lo que se dice presentable, aun así, no queda tiempo para cambios.

Abro la puerta de mi apartamento y espero a que llegue, pero el ascensor no parece moverse. Me sobresalto cuando se abre de golpe la puerta que da a las escaleras y surge la figura imponente de Jacob.

Se detiene delante de mí y noto que me observa con preocupación.

Me aparto de la entrada y le invito a pasar. Acepta sin dejar de mirarme y cuando cierro la puerta detrás de mí, me pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Sam me ha dicho que te habías ido a casa porque te encontrabas mal.

—¿De verdad?

—Sí.

—Le he dicho que estaba cansada no que me sintiera mal —explico.

Jacob maldice y no puedo evitar sonreír internamente. Está claro que mi amigo solo pretendía ayudarme.

—¿Has venido hasta aquí por eso? ¿Para asegurarte de que estaba bien?

Asiente.

—Bueno, eso es muy amable por tu parte.

—Un cuerno amable —dice y en un solo paso cruza la distancia que nos separa y me veo envuelta en un beso abrasador.

Es tan grande que me pierdo en él. Su calidez me envuelve y me siento

tan protegida que me olvido de mi decisión de alejarme de él. Está aquí, conmigo y su boca logra que mi único pensamiento coherente sea desnudarlo.

Sus labios son suaves cuando descienden por mi cuello. Sus manos son menos delicadas cuando se posan sobre mis pechos. Presionan mis pezones hasta que se endurecen tanto que duele. Hasta que lo único que podría aliviarme es que los torturara con su boca.

En cuanto quedo un segundo libre de su boca me quito la camiseta que acaba en el suelo para que pueda acceder a mi, mejor.

Lo noto sonreír sobre mi piel y, por fin, su lengua juguetea allí donde antes estaban sus dedos.

—¿Dónde está tu dormitorio? —pregunta y entonces me doy cuenta que seguimos en medio del pasillo de la entrada.

—La habitación del fondo a la derecha.

Asiente y se inclina para cogerme en brazos y llevarme en volandas hasta allí.

Río como una tonta cuando lo hace y aprovecho para besarle el cuello, la cara, cualquier parte que quede a mi alcance.

Una vez en mi dormitorio me deja caer en la cama sin muchas ceremonias y he de reconocer que me gusta que esté tan desesperado porque yo estoy igual.

—Quítate los pantalones —pide al tiempo que se quita su propia

camiseta y las botas.

Le hago caso, pero sin apartar la mirada de él. Su cuerpo es perfecto. Y el tatuaje que tiene en el vientre me parece lo más sexy que he visto en mi vida. Parece algún tipo de símbolo celta.

—Es muy sexy —se me escapa y me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta cuando le veo sonreír.

—Otra vez muy.

—Bueno... Tú eres muy, muy —apunto cuando se queda completamente desnudo delante de mí.

—¡Bien!

Parece sentirse orgulloso de sí mismo.

Tengo previsto regañarle por ello, pero tira de mis pies para acercarme a él en la cama y cuando sus labios se posan sobre mí olvido lo que tenía pensado decirle.

Su lengua juega conmigo al tiempo que sus dedos presionan en zonas que logran que me derrita.

El placer me llega en una oleada tan intensa que tengo la sensación de que voy a ahogarme. Me falta el aliento y tengo que concentrarme en respirar con normalidad.

Todavía no me he recuperado de la intensidad del clímax cuando Jacob se entierra en mi cuerpo, tan hondo que es imposible saber dónde termina él y

dónde empiezo yo. Y marca un ritmo tan potente que tardo apenas unos segundos en volver a dejarme llevar y cuando creo que voy a recuperarme vuelve a suceder.

Sus labios acallan mis quejidos intensificando al mismo tiempo mi deseo.

Cuando todo termina noto el peso cálido de Jacob sobre mí y contra todo pronóstico me siento ilusionada. En estos momentos no hay temor ni preocupaciones. Solo paz y un delicioso cansancio.

—Ya tendré tiempo de preocuparme mañana.

—¿Has dicho algo?

—Nada. Duerme.

Parece que mis palabras son un revulsivo para Jacob porque en cuanto las pronuncio lo veo levantarse a toda prisa y comenzar a vestirse.

—¿Dónde vas? —digo medio adormilada.

No es necesario que se vista para ir al baño. De modo que... ¿Por qué lo hace? ¿Por qué tengo la sensación de que no me va a gustar su respuesta?

—A mi casa. No puedo quedarme.

Sus palabras logran que me despierte de golpe.

—¿Por qué?

—Simplemente no puedo.

—¿Estás casado? —La idea se me pasa por la cabeza y la suelto sin

pensar. Claro que no está casado. Si lo estuviera Sam me lo habría dicho.

—No. ¡Tengo que irme! Te llamaré. —Se inclina sobre mí para besarme a modo de despedida, pero me aparto. No entiendo nada.

Es el primer hombre con el que me acuesto después de Alex. El primero al que me atrevo a abrirle mi corazón. Lo de esta noche no ha sido solo sexo. He confiado en Jacob, le he permitido entrar en mi vida y no entiendo nada ahora mismo.

—Te llamaré, Abby. Lo prometo.

Capítulo 9

Y realmente sucede... Jacob me llama el lunes y el martes e, incluso una vez el miércoles, pero yo ya he tomado mi decisión y me niego a responder.

Me niego a escuchar sus disculpas por haberse marchado a toda prisa o sus disculpas por haberse dejado llevar... O lo que sea por lo que quiera disculparse. No podría soportarlas.

A su favor puedo decir que tiene la decencia de no hacerlo por mensaje.

Es evidente que las relaciones románticas no son lo mío. Por lo que lo asumo y trato de seguir adelante. No le cuento a nadie lo que ha sucedido entre Jacob y yo, ni siquiera lo hablo con Jud, y mucho menos se lo cuento a Sam cuando cenamos juntos el miércoles.

El viernes al llegar al Edén me llama la atención que Jacob no esté en la puerta, pero en lugar de preocuparme me alegra saber que podré evitarle.

Sonrío de oreja a oreja al llegar a mi barra y ver a Víctor en ella. Le doy un abrazo y le pregunto por Jud. En lugar de responderme me da la vuelta y me topo con la sonrisa de mi amiga sentada en la barra.

—¿Qué hacéis aquí? No me habías dicho que ibais a venir.

—No lo sabía.

—Sam y Adam han llamado a Víctor para avisarle que no iban a venir esta noche a trabajar y nos han pedido que los sustituyamos.

—¿Tú eres la gerente esta noche?

Ella asiente con picardía.

—Gerente en funciones —anuncia con orgullo.

—Jacob tampoco ha venido —comenta Víctor y por su tono no lo dice por nada en concreto.

—Los tres dueños del Edén se han escaqueado —anuncia Eva detrás de mí—. Hito histórico desde que trabajo aquí.

Me apunto un tanto. Estaba segura que Jacob también tendría su parte en el Edén. Después de todo los tres son amigos desde siempre, según me dijo Sam y me corroboró Jacob. Crecer juntos marca de por vida.

—Es un poco extraño. ¿No creéis? No me digáis que se han puesto enfermos los tres a la vez. —Jud es la más perspicaz—. Apuesto a que aquí hay gato encerrado. Se habrán ido de fiesta.

—Adam solo me ha dicho que tenía un asunto importante. Nada de fiestas.

—¿Y te parece bien?

—Claro que sí, Jud, confío en él. Adam me quiere, nunca me engañaría —y añade—. No se ha ido de fiesta.

Miro a Eva con una sonrisa sincera.

—Me alegra mucho que te vaya tan bien. —Siento que las lágrimas están cerca por lo que giro la mirada para que mis amigas no se den cuenta.

—¡Chicas! A trabajar. Dejad ya la cháchara —nos regaña Víctor.

Tengo la sensación de que él sí que sabe el motivo por el que Jacob, Sam y Adam no han venido a trabajar esta noche. Jud parece pensar lo mismo porque no duda en interrogar a su novio.

—Cariño, ¿qué fue lo que te dijo Sam cuando te llamó para que los sustituyéramos?

—Ya te lo dije, cielo. Que tenía asuntos pendientes.

—¿Solo eso?

La cara de no haber roto un plato en su vida de Víctor me pone sobre aviso de que sí, no hay duda de que él sabe la verdad.

—Solo eso.

Capítulo 10

El sábado cuando llego al Edén Jacob ya está en la puerta, pero ni siquiera me mira cuando paso a su lado, lo que agradezco por un lado y por el otro me destroza.

Sam no toca el tema de su ausencia y yo, capto que no desea hablar de ello y no le pregunto. De hecho me parece bien porque esta noche lo que necesito es hablar de mí misma.

Por ello cuando Sam me dice que aproveche mis quince minutos para descansar no dudo en preguntarle si puede acompañarme.

Sorprendido acepta.

Nos sentamos en la parte de atrás del Edén y antes de que me pregunte qué me pasa lo suelto todo. Sé que estoy siendo injusta porque Jacob es su amigo, casi su hermano y que yo acabo de llegar a su vida, pero en estas últimas semanas Sam ha pasado a ser una parte muy importante de mi vida y deseo su consejo. Aunque sea injusto meterlo en esa tesitura.

—Abby, a veces las cosas no son lo que parecen.

—¿Qué quieres decir?

—Que no saques conclusiones precipitadas. No soy quien para decirte lo que piensa Jacob, pero si te ha llamado y tiene intención de darte una explicación, tal vez deberías escucharle.

—No puedo pasar por esto otra vez, Sam. Con Alex fue horrible y lo fue por el tiempo que llevábamos juntos. Con Jacob es distinto, será horrible porque me importa más de lo que hubiera imaginado.

—Tal vez no sea horrible, Abby. Es lo que trato de decirte. Deja que se explique.

—No sé si deseo arriesgarme a que lo haga —reconozco y no me importa dejar al descubierto que soy una cobarde.

—Esa es tu decisión.

—Lo sé.

Regresamos juntos a la barra para que Eva se tome su descanso. Cuando llegamos Adam ya está rondándola para estar con ella.

Me alegra que a mis amigas les vaya bien, es la única esperanza que me queda de que, a veces, el amor funciona.

Tratando de no ponerme melancólica me dedico a trabajar. Pongo copas a toda velocidad porque mientras lo hago no me da tiempo a pensar y así el tiempo pasa más rápido.

Me inclino sobre la barra para atender a una morena bajita que tiene aspecto de asiática. Me pide un botellín de agua y cuando me fijo más atentamente en ella entiendo el porqué. Está embarazada, no tengo dudas. Su barriga es demasiado prominente para tratarse de otra cosa.

Con una sonrisa me doy la vuelta para cogerla de la nevera de atrás y

al girarme para ofrecérsela me quedo paralizada con la mano extendida.

La chica ya no está sola. Hay un hombre alto de cabello rubio oscuro que le ha pasado el brazo por los hombros, en actitud protectora, parado a su lado.

Un hombre que ha hecho ese mismo gesto un millón de veces conmigo. Alguien a quién conozco muy bien o, a quien creía conocer.

Cuando se da cuenta de que soy yo su expresión refleja la misma sorpresa que seguro que está reflejando la mía.

—¿Abby?

—Hola, Alex. ¡Qué sorpresa!

—No sabía que trabajabas aquí. De saberlo no habríamos venido.

La chica me mira y puedo ver la pena en sus ojos. No siente vergüenza por lo que ha hecho, lo que la embarga es la lástima que siente por mí y esa lástima está a punto de lograr que me desmorone.

Sigo con la botella y la mano extendida, pero no me doy cuenta hasta que Sam se acerca por detrás de mí y me coge de la cintura con una mano mientras que con la otra me quita la botella.

—¿Todo bien, mi amor? —¿mi amor? Él suele llamarme querida, mi amor nunca.

Me relajo contra su pecho cuando entiendo lo que está haciendo. Me está echando un cable para que no me sienta humillada por la situación y si

antes le quería ahora juro que le adoro.

—Sí, mi amor —segundo—. Este es Alex, y supongo que ella es su novia. —Explico, temblando de pies a cabeza y rezando para que no se note.

—Mujer —aclara ella.

—¿Perdona?

—Soy su mujer. —Para que no quede ninguna duda levanta la mano izquierda para que vea el anillo en su dedo.

—Pues enhorabuena a los dos —Digo y no sé de dónde sale mi voz.

—Enhorabuena. Por la boda y por el bebé. —Sam sigue sujetándome y es su calor lo que me ayuda a superar en mal trago.

—Me alegra que estés bien, Abby —Se despide Alex.

—Lo mismo digo.

No sé si al final se han llevado la botella de agua o si la han pagado siquiera y lo cierto es que me da igual. En cuanto los veo desaparecer entre la gente me derrumbo y no lo hago porque sienta algo todavía por Alex porque no es el caso.

Me derrumbo porque mientras que yo estoy tratando de seguir adelante él ya ha rehecho su vida y es feliz y yo no soy capaz de serlo y no sé si lo seré algún día.

Cuando veo a Eva entrar de nuevo en la barra salgo disparada de allí. Necesito que me dé el aire, tengo que poder respirar de nuevo.

Me doy cuenta que mi amiga trata de seguirme, pero Sam la detiene y me sigue él. Se queda en silencio a mi lado y es todo lo que necesito para echarme a llorar.

Él me abraza con fuerza sin tratar de consolarme y aunque sé que estoy siendo ridícula no puedo evitar llorar por lo que ha sucedido, por mí, por ese futuro feliz que nunca llega...

No sé cuánto tiempo estoy entre los brazos de Sam. Es posible que hasta me haya quedado dormida, después de soltar todas las lágrimas que tenía acumuladas.

Me incorporo con cuidado y veo a Sam mirándome preocupado.

—¿Todo bien?

—Ahora sí.

—¿Estás segura?

—No.

—¿Nos levantamos? —pregunta y me doy cuenta que estamos sentados en el suelo, apoyados en una pared y ni siquiera siento frío.

—De acuerdo.

De un salto se pone de pie y me ayuda a hacer lo mismo cogiéndome de las manos. Cuando por fin estoy sobre mis pies me dejo caer de nuevo sobre su pecho y le abrazo.

—Gracias. Gracias por ser mi amigo, por aguantar mis malos

momentos y sobre todo, gracias por no dejarme sola esta noche.

—Cuando quieras.

Cuando me separo de él me siento mejor. Hasta que miro por encima de su hombro y veo a Jacob alejándose y volviendo a entrar en el Edén.

¿Nos habrá visto abrazados?

Sinceramente, me da lo mismo.

Hoy todo me da lo mismo.

De modo que tampoco voy al karaoke esta semana solo que a diferencia de la anterior nadie llama a mi puerta para comprobar que estoy bien.

Capítulo 11

We only said goodbye with words

I died a hundred times

You go back to her

And I go back to...

We only said good-bye with words

I died a hundred times

You go back to her

And I go back to...

[2]

Cuando Jud llega a la oficina se me queda mirando como si me hubieran salido cuatro cabezas desde que no me ha visto. Se detiene frente a mi mesa y me observa sin decir nada, lo que me pone nerviosa de inmediato.

—¿Qué pasa? ¿Me he salido maquillándome?

—¿Se puede saber qué estás escuchando? ¿Te has vuelto masoquista o algo por el estilo? Porque mira que la canción es triste de narices.

Me encojo de hombros.

—Me gusta la canción. Es un clásico.

—Un clásico deprimente.

—Casablanca también es un clásico y es deprimente. Por no mencionar

Lo que el viento se llevó, que tampoco acaba con el *y comieron perdices...*

Creo que has dado con la peculiaridad que las convierte en clásicos.

Jud me observa antes de responder.

—Por lo menos estás de buen humor.

—Por supuesto. El buen humor que no falte por mucho clásico deprimente que entre en mi vida.

Ahora mismo no estoy hablando ni de canciones ni de cine, pero es mejor que ella no lo sepa.

La canción cambia en ese instante y Happier de Ed Sheeran toma el relevo de Amy Winehouse.

—Esto va de mal en peor —Se queja Jud huyendo de mi recién estrenado despacho.

No necesito preguntarle a mi socia, porque sé perfectamente que media hora más tarde cuando Eva me llama para que comamos juntas las tres, ha sido enviada por ella.

Me niego a buscarle los tres pies al gato por lo que acepto y me hago la tonta. ¿Están decididas a animarme? Estupendo. Secundo la moción.

Capítulo 12

El viernes cuando llego al Edén camino lo más despacio que puedo, sin parecer imbécil, para mirar a Jacob a conciencia. No he sabido nada de él desde que desistió de llamarme. Y aunque trato de concienciarme de que no me importa el caso es que lo echo de menos.

El único motivo por el que no les he contado a mis amigas que me acosté con él es, precisamente para evitar que me hablen de él cada diez segundos.

Respiro profundamente cuando paso por su lado y me armo de valor:

—Buenas noches, Jacob.

No obtengo respuesta.

Me giro para mirarle y me encuentro con su mirada penetrante. Afortunadamente la discoteca no ha abierto todavía sus puertas y no hay nadie que pueda vernos porque el modo con que me está mirando me eriza la piel y no precisamente, de placer.

—¿Por qué me dijiste que no estabas con Sam?

Tengo que procesar lo que dice unos segundos porque no entiendo nada.

—No creo que estés en condiciones de acusarme de mentirosa. Yo por lo menos no tardé dos segundos en largarme después de acostarme contigo.

—No podía quedarme. Era una causa mayor.

Me rio, pero mi risa es tan falsa como sus palabras.

—Ensaya algo mejor para la próxima incauta. La excusa es demasiado pobre para que parezca real. —Me marché antes de que me respondiera si es que tenía intención de hacerlo.

Entro a toda prisa y me dirijo a la barra. Eva todavía no ha llegado y Sam anda demasiado ocupado con los detalles como para darse cuenta de mi mal humor.

—¿Por qué te has ido así? —me dice Jacob que ha entrado detrás de mí sin que me dé cuenta—. No habíamos terminado de hablar.

—Te aseguro que yo sí que he terminado de hablar contigo.

—Sal, Abby. Vamos fuera. —Me está hablando en un tono normal lo que me cabrea más profundamente porque yo tengo ganas de gritar.

—No voy a salir contigo a ninguna parte.

—Tenemos que hablar.

—No lo creo, Jacob.

—El otro día te vi abrazada a Sam y cuando no saliste fuera conmigo y entré a buscarte te vi de nuevo con él. Es normal que te pregunte por ello.

—No lo es. Te dije que somos amigos y además, no tienes ningún derecho a pedirme explicaciones después de cómo te largaste de mi casa la noche que hicimos el amor.

Sé que lo he dicho gritando y sé que tanto Sam como Adam y posiblemente también Marco me están mirando ahora mismo, pero lo cierto es que no me importa.

Me niego a dejar entrar a Jacob de nuevo en mi vida por si vuelve a salir disparado en cuanto tenga la ocasión.

—Abby, no me quedé contigo porque tengo que darle ejemplo a mi hija —dice y es la primera vez que oigo algo sobre hijos.

—¿Cómo has dicho?

—Tengo una hija de catorce años, Abby.

—¡Estás casado! No me lo puedo creer acabo de hacerle a alguien lo mismo que me han hecho a mí —me lamento.

Jacob sonrío por primera vez esta noche y tengo ganas de borrarle la sonrisa de un bofetón.

—No estoy casado, Abby, soy padre soltero.

¿Soltero? ¿Ha dicho soltero?

—Nunca me casé con la madre de Edén.

Capítulo 13

No hay manera posible de que Jacob y yo hablemos esta noche. El Edén se llena en cuanto se abren las puertas y, aunque me muero de ganas de dejar la barra e ir a la puerta a decirle a Jacob que me cuente la historia completa tengo que aguantarme y seguir trabajando.

Y para colmo de males Eva parece no tener muchas ganas de hablar conmigo.

—Lo siento —le digo cuando se pone a mi lado para servir a un grupo de tíos que por las pintas van de despedida de solteros.

—Ya lo puedes sentir.

—No os lo conté porque no quería hablar del tema. Estaba demasiado dolida.

De repente deja de ignorarme y me mira directamente.

—Un momento. ¿Tampoco se lo contaste a Jud?

—No se lo conté a nadie. Bueno... Se lo conté a Sam.

Eva no parece molesta porque se lo haya contado a Sam, en cambio sí que parecía enfadada cuando pensaba que Jud lo sabía.

—En ese caso te perdono.

—Gracias —digo dándole un abrazo. Nos separamos sonriendo cuando los tipos de la barra nos vitorean.

—Eso sí, quiero los detalles.

Me rio.

—¿Crees que Jud será tan comprensiva como tú?

Arruga la nariz, como si meditara.

—Es posible que sea comprensiva, pero no tanto como yo —bromea.

A las tres de la madrugada estoy agotada física y mentalmente. Me quedo remoloneando tras la barra porque me da cierto pánico enfrentarme a lo que Jacob tenga que decirme.

Tiene una hija. Una adolescente en realidad.

—¿No quieres irte a casa? —pregunta Sam cuando me ve arrastrando los pies.

—Sí que quiero.

Él sonrío con esa risa suya que da la sensación que lo sabe todo y me pasa el brazo por los hombros.

—Edén es una niña encantadora. Os vais a caer de maravilla.

—¿Edén?

—¿Por qué te crees que la discoteca se llama así? Prácticamente la hemos criado los tres. —Se calla unos segundos—. Aunque esa historia no me corresponde a mí contarla.

Asiento y me alejo de Sam. Tal y como espero Jacob está en la puerta

esperándome.

Me planto delante de él y espero a que sea el primero en hablar. Después de todo es quien debe dar las explicaciones.

—Vamos a tomar un café.

No digo nada. Son las tres de la madrugada y lo que menos deseo es tomar un café, pero entiendo que lo que tiene que contarme no es fácil para él, así que asiento y me dejo guiar hasta su coche.

Casi sonrió cuando me doy cuenta de que hasta en eso Adam, Sam y Jacob son iguales. Los tres conducen el mismo tipo de vehículo, caro, ostentoso y seguro.

Jacob conduce unos diez minutos hasta que se detiene en una calle al oeste del Edén. Veo que justo enfrente hay una cafetería veinticuatro horas y es allí adonde nos dirigimos.

El estilo me recuerda al de las viejas películas de Hollywood e incluso en las paredes hay cuadros de fotogramas y retratos firmados por grandes autores.

—A la mierda los clásicos —digo recordando mi conversación con Jud sobre lo deprimentes que suelen ser.

—¿Cómo dices?

—Nada.

Jacob sonrío con disimulo y pide dos cafés y un pedazo de tarta cuando

se acerca la camarera. Se espera hasta que se marcha para comenzar a hablar.

—Cómo te he dicho tengo una hija. El viernes pasado cumplió catorce años.

—El día que no viniste al Edén.

Asiente.

—Sam, Adam y yo nos la llevamos a cenar al mejor restaurante de la ciudad y después fuimos a un cine del centro que tiene sesión de madrugada. Lo pasó genial.

Así que es un buen padre.

—¿Qué pasó con su madre?

—Murió al dar a luz. Le habían diagnosticado *preeclampsia*. No pudo soportar el parto.

—Lo siento. ¿Cuántos años tenía?

—Uno más que Edén. Quince. Después de su muerte y tras mucho pelear me dieron la custodia de mi hija. Yo era un niño, no tenía trabajo ni padres que me apoyaran, pero contaba con los mejores amigos que nadie puede imaginar. Me ayudaron a encontrar trabajo, los tres lo hicimos. Trabajábamos y estudiábamos a turnos. De manera que Edén siempre estuviera cuidada por alguno de los tres. El estado nos ayudó con becas y conseguimos no solo salir adelante, sino sacar adelante a mi hija.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—Edén no es un secreto, Abby. No me avergüenzo de tenerla ni mucho menos. No te lo dije porque no deseo que se vea envuelta en situaciones complicadas. Cometí el error antes de presentársela a una mujer con la que salía y la cosa no fue bien para ninguna de las dos.

—Lo siento.

—Sí, bueno, me precipité. Melanie no era precisamente muy madura. Y estaba acostumbrada a que todo el mundo estuviera pendiente de ella.

—¿Y tú no lo estabas?

Se toma su tiempo para responder, pero cuando lo hace no puede ser más claro ni aunque lo intente.

—Mi hija es lo más importante para mí y no quiero que la conozcas y que después esto no llegue a nada. No quiero que se encariñe contigo sin saber si lo nuestro tiene futuro.

—Lo entiendo —le digo y es cierto, una parte de mí le comprende, pero mi parte más egoísta se siente dolida, y no lo ve igual.

Porque Jacob siempre va a anteponer la felicidad de su hija a cualquier otra cosa. A mi felicidad e incluso a la suya.

—¡Gracias!

—¿Puedes llevarme a mi coche, por favor? Esta noche estoy agotada.

No creo que haya ninguna posibilidad de que me malinterprete porque he dejado meridianamente claro que tengo toda la intención de irme sola a

casa.

—Por supuesto. Te llamaré mañana.

—Bien.

Capítulo 14

A partir del momento en que Jacob se sincera conmigo y habla abiertamente de su hija, mi vida transcurre sin altibajos. Monótona, pero tranquila.

Entre semana trabajo en la agencia de bodas con Jud y, los fines de semana en el Edén, para ahorrar la mitad del dinero que mi amiga puso cuando creó la empresa. Si quiero ser socia en todos los niveles tengo que cumplir con mi parte.

A estas alturas de mi vida es gracioso que mi futuro esté directamente relacionado con las parejas felices dispuestas a jurarse amor eterno ante Dios o ante sus amigos y familia.

En el Edén pongo copas y paso cada uno de mis descansos con Jacob.

Estamos conociéndonos lentamente. No trasnochamos y nos vemos en horario infantil.

Quedamos para comer entre semana, cuando no tengo plan con las chicas o con Sam, y nos mandamos mensajes casi todos los días. No hemos vuelto a hablar de Edén. Primero porque yo no le he preguntado a Jacob al respecto y segundo porque él tampoco ha sacado el tema.

Aunque eso no quita que no piense en ella o en lo que sucederá si sigo dejando que Jacob entre en mi vida sin protegerme. Porque lo cierto es que no

tengo ganas de sufrir, me niego a sentirme inferior a nadie, a soportar que me quieran menos de lo que me merezco y, aunque puedo entender que su hija sea lo más importante para él, también he de saber darme mi lugar y no dejar que nadie me arrincone.

Me he pasado cinco años de mi vida con un tipo al que no conocía realmente, con alguien que no supo valorarme y he aprendido que si yo soy incapaz de exigir mi sitio, el que me corresponde, nadie me lo va a dar.

El problema es que Jacob me importa. Sé que la palabra se queda corta, que es un triste eufemismo de la verdad, pero todavía no me siento lo bastante fuerte como para darle el nombre adecuado sin comenzar a temblar por ello.

Me aterra volver a sufrir, me da miedo equivocarme de nuevo y aunque Jacob sea maravilloso, que lo es, viene con una mochila en la espalda y con la certeza de que nunca seré lo más importante para él.

Estoy tumbada en mi cama mientras pienso en esto. Una cama en la que me encuentro sola, a pesar de que hace tan solo unos minutos que Jacob ha estado aquí.

Pero esta cama vacía es la representación de lo que me espera.

Breves instantes y largos momentos de soledad.

Y por mucho que me importe, por mucho que me duela, he de aprender a importarme yo más.

Capítulo 15

Las chicas me están evaluando con la mirada. Lo sé porque las conozco demasiado tiempo como para tragarme sus caras de circunstancias.

—Estoy bien. De verdad.

—Creo que deberías pensarlo bien, Abby —dice Eva—, no ha pasado tanto tiempo desde que estáis juntos. Tendrías que tener paciencia.

—¿De verdad estamos juntos? Porque yo creo que lo único que hacemos es acostarnos y poco más. Entre semana apenas nos vemos y no salimos a cenar casi nunca. Ninguna pareja normal pasa tan poco tiempo juntos como nosotros.

—Cada pareja es un mundo —explica Eva—, cada persona tiene que lidiar con sus propias circunstancias.

—Abby, no hagas nada que te cause dolor, ¿de acuerdo? —pide Jud—. Ya has cubierto el cupo de sufrimiento por una vida.

—Me dolerá más si paso más tiempo con él y todo sigue como hasta ahora. Necesito ser importante para él y nunca seré importante para él si no me da mi sitio. Si no me deja entrar en su vida y en la de su hija.

Jud asiente, mientras que Eva se niega a estar de acuerdo.

—¿Has hablado con Sam?

—No puedo hablar con Sam de uno de sus mejores amigos. No sería

justo para él.

—Creo que puedo hablar por Sam si te digo que lo mejor que puedes hacer en esta situación es hablar directamente con Jacob sobre lo que te preocupa. —Sé que Eva tiene razón, que Sam me aconsejaría diálogo, pero estoy demasiado dolida y ofuscada como para querer actuar de un modo racional.

—No voy a decirle nada. Sería lo más parecido a suplicar.

—No seas exagerada. Las parejas hablan de todo, Abby. —Puede que ella y Víctor tengan esa clase de relación, pero yo nunca me he visto en esa tesitura.

—¿No lo entendéis? Si después de todo este tiempo todavía no le ha hablado a Edén de mí, es porque no lo va a hacer nunca.

—Eso no lo sabes.

—Eva, sé realista —Insisto—, a mí me ha dado tiempo a enamorarme de él. Si él sintiera lo mismo habría comenzado a allanar el terreno con su hija.

—Puede que haya hablado con ella.

—Jud, sé que eres una romántica empedernida, pero también eres una mujer práctica. ¿No crees que si lo hubiera hecho me lo habría contado? Me hubiera dicho, siquiera, dónde vive. No sé nada de su vida fuera del Edén.

—Cariño, el Edén y su hija son su vida —dice Eva y me abraza.

—Tú lo has dicho: el Edén y su hija son su vida. No hay sitio para mí en ella.

Capítulo 16

—Hoy quiero probarte entera —dice Jacob paseando la lengua por la delicada piel de mi pecho.

Me río y me arqueo sobre su boca para facilitarle el acceso.

—Me gusta la idea —acepto riendo y como castigo él me muerde con suavidad un pezón.

Sí, definitivamente me gusta la idea.

Vuelvo a poner la espalda sobre la cama y Jacob sigue explorando recodos de mi cuerpo que no sabía que fueran tan sensibles.

Con cuidado me levanta una pierna y deja un reguero de besos desde el muslo hasta la pantorrilla, cuando ha cubierto cada pedazo de piel cambia a la otra pierna y sigue el mismo ritual.

Soy consciente de lo que está haciendo. Tiene planeado hacerme suplicar, torturarme hasta que le ruegue que vaya al lugar al que los dos deseamos llegar, pero no voy a hacerlo.

Esta noche voy a dejar que haga lo que desee conmigo.

—¿Te gusta?

—Mucho.

Sonríe. Se han doblado las apuestas porque ahora él sabe que sé lo que está haciendo.

Por ello abandona mis piernas y me da la vuelta para que mi trasero quede a su altura. Me muerde con suavidad mientras con un dedo busca mi sexo.

Estoy tan expectante que mi cuerpo lo acoge sin problemas. Su dedo entra y sale de mi con cuidado mientras su boca recorre mi espalda.

—¿Te gusta esto? —vuelve a preguntar.

—Me gusta.

—¿De verdad, cariño? ¿No quieres más?

—Quiero todo lo que puedas darme, cielo. —Acabo de provocarle y me alegro de haberlo hecho cuando sus dedos son sustituidos por sus labios.

Un instante después es su lengua la que explora mi cuerpo, la que provoca y enaltece mis sentidos.

—¿Quieres que te dé más?

No puedo responder. Porque aprovecha el momento para succionar mi clítoris y el placer me nubla el sentido por unos segundos.

Un placer que empalmo con otro más intenso cuando entra en mí, desde atrás, y tan profundo que puedo sentirlo en mis entrañas.

Sus embates son cada vez más rápidos por lo que nos dejamos llevar a la vez en un clímax tan intenso que me deja en estado de coma durante unos minutos.

Cuando recuperamos la movilidad, tal y como hace siempre después

de hacer el amor, Jacob se inclina sobre mí y me da un beso en la frente. Es su modo de despedirse porque dos minutos más tarde está vistiéndose.

Le observo como se pone la ropa y juro que me parece más erótico que cuando se la está quitando. Quizás sea porque en estos instantes me puedo concentrar completamente en él. En cómo se le tensan los músculos de los brazos, de la espalda...

—Tengo que irme.

—Lo sé.

Sonríe. Y yo trato de grabar su sonrisa en mi memoria porque esta vez no es él quien se va a marchar sino yo quien le va a pedir que no vuelva más.

—Edén va a quedarse a dormir en casa de su mejor amiga el sábado. Esa noche podré quedarme contigo —dice y se inclina sobre mí para besarme en los labios.

Trago saliva porque me niego a llorar delante de él y lo digo:

—No.

Dos letras que me parten el alma al pronunciarlas.

—¿Cómo?

—No va a volver a suceder, Jacob. Se ha terminado.

—¿Abby?

—Te quiero. Lo siento, pero me he enamorado de ti y no puedo seguir viviendo una vida a medias contigo.

—Abby, yo...

—No tienes que decir nada, Jacob. Por favor, márchate. Es lo que siempre haces, ¿no?

Soy consciente de que es un golpe cruel, pero ahora mismo me da igual. Me levanto de la cama y corro al baño. No salgo de él hasta que escucho la puerta y sé que me he quedado sola. Otra vez.

Capítulo 17

Tras mi ruptura con Jacob mi vida deja de tener brillo. Sigo yendo al trabajo, quedando con mis amigas, pero nada de lo que hago me llena por completo.

En el Edén la situación es cada vez más incómoda. Jacob me trata como si no hubiera sucedido nada, pero yo no soy tan fuerte y apenas puedo hablarle sin que me entren unas ganas tontas de ponerme a llorar.

El pobre Sam no sabe qué hacer conmigo. Las chicas han desistido y cuando comemos juntas se limitan a llenar los vacíos que dejo hablando de todo lo que creen que puede interesarme.

Menos mal que en un par de semanas podré dejar de trabajar en el Edén y pagarle a Jud su parte.

Estoy tirada en el sofá cuando el móvil comienza a sonar en algún rincón de mi casa.

No tengo ganas de levantarme, pero tras tres intentos de llamada me pongo a buscarlo por si fuera algo importante.

La cuarta vez que suena ya lo tengo en la mano por lo que contesto de inmediato:

—Dime, Sam.

—Abby, ¿estás en casa?

—¿Dónde iba a estar? —pregunto mirando el reloj de la televisión—.

Es casi hora de cenar.

—No te muevas de ahí. Ya llegamos.

Me cuesta un poco más de lo habitual entender ese plural, pero cuando voy a preguntarle a qué se refiere con vamos, ya ha colgado.

En mi mente se suceden un sinfín de posibilidades. La que más se aferra es la de que viene con Jacob, pero la descarto en cuanto la pienso con detenimiento.

Jacob ha pasado página.

Si es capaz de hablarme con tanta naturalidad cuando nos topamos en el Edén, después de que le dijera que le quería, es porque nunca estuvo interesado en algo más que una relación sexual.

Mentirosa, dice una vocecita en mi cabeza, pero es más fácil ignorarla que meditar su significado.

El timbre me anuncia que Sam ya está aquí, así que me levanto y voy a abrirle.

Tengo tanta curiosidad por ver quién es su acompañante que me quedo plantada en la puerta. El primero que sale del ascensor es él, y después, sale una joven con el cabello pelirrojo.

Mi estómago se contrae con tanta fuerza que tengo la sensación de que voy a vomitar.

—Abby —dice Sam parándose frente a mí—, esta es Edén. La he traído porque quiere hablar contigo.

¿Quiere hablar conmigo? ¿Por qué sabe de mi existencia?

—Hola, Edén —saludo con timidez.

—¿Se puede saber qué le has hecho a mi padre? —me espeta y a juzgar por su tono no está ni remotamente contenta conmigo.

Estoy parada frente a la dirección que me ha dado Edén, pero no me atrevo a salir del coche.

La casa es magnífica y el barrio de lo mejor de la ciudad. Es evidente que Jacob buscó lo mejor para su niña y lo encontró.

Tras varios minutos sin decidirme a salir me armo de valor y camino los escasos metros que separan el hogar de Jacob de donde he aparcado.

—Primer paso superado —me digo—, ahora solo queda lo peor.

—¿Con quién hablas? —pregunta una voz detrás de mí.

Me giro para encontrarme con Jacob que vuelve de correr, a juzgar por el pantalón corto, las zapatillas y el móvil que lleva pegado al brazo.

—Conmigo misma.

—¿Lo haces a menudo? —la pregunta me intriga porque él conoce la respuesta.

—Constantemente.

—Soy Jacob —me ofrece la mano.

Arrugo el ceño sin comprender.

—Abby —Se la estrecho.

—¿Sabes, Abby? Eres una mujer preciosa. No se lo digas a nadie, pero tengo predilección por las pelirrojas.

Sonrío.

—¿De verdad?

—Sí, las dos mujeres de mi vida tienen el pelo del mismo color que el tuyo. ¿Crees que será una señal?

—Es posible. ¿Y qué dos mujeres son esas?

Ahora es él quien sonrío.

—Mi hija y la mujer que amo.

—¡Oh!

—Abby, te quiero. No te lo dije aquella noche porque estaba enfadado. No esperaba que me dejaras. Yo le había hablado a Edén de ti. Tenía previsto presentaros. El problema es que fui un egoísta y quería teneros a las dos para mí solo. Sabía que en cuanto os conocierais ibais a congeniar.

—Lo cierto es que así ha sido. Edén ha venido a verme.

—Lo sé. Acaba de llamarme. Creo que he batido todos los records de atletismo habidos y por haber.

Me rio y lo hago porque soy feliz. Muy, muy feliz.

Epílogo

—Sam, ¿qué le ha pasado a tu pelo? —pregunto cuando lo veo aparecer por detrás de la barra del Edén.

Su cabello que siempre he conocido teñido de rojo es ahora oscuro y a juzgar por el color de sus cejas, natural.

—Ya sabes lo que se dice: renovarse o morir.

Sonrío porque jamás esperé que Sam fuera de los que dicen refranes.

—Estás guapo.

Jacob, que acaba de llegar a por su botella de agua me mira con perspicacia.

—¿Quién está guapo?

—Tú, cariño. Y Sam. Me gusta su nuevo look.

Mi novio lo mira de pasada y asiente como si no tuviera importancia.

—No está mal.

—¡Gracias, hermano!

—De nada, tío.

Yo los observo y no puedo aguantarme la risa. Vaya par están hechos.

Cuando comencé a trabajar aquí jamás imaginé que iba a encontrar en el mismo lugar al amor de mi vida y a mi mejor amigo.

Sigo riendo cuando entra Adam con un montón de hojas tamaño folio

en la mano.

—Ya están listos —anuncia con orgullo.

Jacob le quita uno de las manos mientras que Sam se lo pide para ver cómo han quedado.

Yo por mi parte no tengo ni idea de qué va el tema por lo que espero a que alguno de ellos me diga algo.

Es Adam quien me ofrece uno de los folios que sostiene para que lo vea.

—Es la publicidad para la fiesta de aniversario del Edén.

—¿Vais a hacer una fiesta de aniversario en Halloween? —pregunto al ver la fecha que pone en los papeles.

—Es cuando lo inauguramos. Hay que ser precisos —dice Jacob—, han quedado geniales.

Los tres asienten y yo aprovecho para leer el papel que tengo en las manos.

Lo primero que me llama la atención, además de la fecha de la fiesta, es el plato fuerte de la noche; la presencia de una pitonisa que echará las cartas a los clientes y les leerá el futuro.

Me imagino a una vieja gitana con pañuelo en la cabeza, anillos en todos los dedos y una falda larga de colores.

—Me encanta la idea de la adivina —digo convencida del éxito de la

noche.

La gente va a abarrotar el local solo para verla.

—Ha sido idea de Adam —apunta Jacob—. Yo estuve de acuerdo en seguida, al que costó convencer fue a Sam.

—¿Por qué? —le pregunto directamente a él.

—No creo en esas cosas. —Se encoje de hombros.

—Es una fiesta, no es necesario que la pitonisa sea auténtica —bromeo.

Sam frunce el ceño ante mi broma y durante un breve segundo me siento culpable.

—De eso nada, perderemos credibilidad si no lo es —insiste Adam—, he estado buscando por internet y tenemos suerte. La pitonisa más reputada vive en esta misma ciudad y, —hace una pausa dramática que a mí me resulta divertida y que a sus socios les parece un incordio...—, ha aceptado venir a atender a nuestros clientes.

—¡Genial! —doy un salto de la emoción—, ¿podré pedirle que me adivine el futuro? —pregunto a Adam.

Mi amigo asiente con una sonrisa.

—Eso puedo hacerlo yo —asegura Jacob cogiéndome por la cintura y pegándome a su costado—. Vas a ser muy, pero que muy, muy feliz.

—¿Muy, muy?

—Muy, muy —corroboras y yo no puedo resistirme a besarle.

Próxima y última entrega de la serie Edén:



OLGA SALAR

El Señor
del Edén

Sobre Olga Salar

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, Un amor inesperado (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la biología juvenil Lazos Inmortales (Kiwi). En este mismo género acaba de publicar Cómo sobrevivir al amor (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de Quédate esta noche (Kiwi), Íntimos Enemigos (Versátil), Una cita Pendiente (Versátil), Una noche bajo el cielo (Kiwi), Jimena no deshoja margaritas (Versátil), Solo un deseo (Zafiro. Planeta), Di que sí, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, He soñado contigo (Versátil), Romance a la carta (Versátil) Un beso arriesgado (HQÑ) e Igual te echo de menos que de más (Los Libros del Cristal), Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor (Los Libros del Cristal), Deletréame Te Quiero (HQÑ), Contigo lo quiero todo (HQÑ).

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora



OLGA SALAR

*Una noche
en el Edén*

Una noche en el Edén

Cuando Eva decide salir esa noche, a pesar de que sus amigas la dejan plantada, lo que menos espera es terminar en el Edén, viviendo una serie de misteriosas y sorprendentes coincidencias. La mayor de ellas, Adam, un tipo que le acelera el corazón y le funde el cerebro con sus besos.

¿Pero qué le deparará la noche más tentadora de su vida?

[Comprar](#)



OLGA SALAR

Una Cita
en el Edén

Una cita en el Edén

Judith es una mujer que sabe lo que quiere, y lo más importante, no tiene miedo al trabajo duro para lograrlo. Por ello cuando aparece en su vida un hombre que logra romper todos sus esquemas, cree que lo mejor es salir huyendo. El problema es que él no está dispuesto a consentirlo.

[Comprar](#)

Martina 1
*Agitada,
no revuelta*



*Mezclada,
no enredada*



Martina 2

SERIE COMPLETA

+

Capítulos inéditos

Olga Salar

Serie Martina: Martina agitada, no revuelta y Martina mezclada, no enredada + 2 Capítulos extra.

Martina agitada, no revuelta.

“¿Os ha pasado alguna vez que al despertar una mañana habéis descubierto que vuestra vida está patas arriba? ¿Sí? Pues eso mismo me acaba de suceder a mí, Martina Vega, treintañera, soltera, en busca del trabajo de mis sueños y del hombre capaz de soportarme. Y os aseguro que no es tarea fácil.

Por eso, he creado el blog más Divinity de la muerte. En él cuento aquello que me sucede, que me preocupa o que simplemente se me pasa por la mente en ese momento. Para conocerme mejor, visitad Martina, agitada, no revuelta y dejadme algún comentario.

El karma os lo agradecerá.

Martina mezclada, no enredada.

Martina Vega está de vuelta. Su vida ha cambiado y ya no está agitada, ni revuelta, sino mezclada, no enredada. El amor es lo que tiene, nos transforma sin que nos demos cuenta. ¿Pero qué queréis que os diga que no sepáis todos

ya? Las mezclas, a veces, ofrecen los mejores sabores.

¿Quieres averiguar qué tipo de cóctel será este? ¿Dulce? ¿Amargo o quizás picante?

En Martina mezclada, no revuelta, tienes la respuesta.

[Comprar](#)



HQN™

OLGA
SALAR

Di que *Si*

he loves me not

he loves me

he loves me not

he loves me not

Di que sí

Elba Vilanova es una exitosa periodista y madre soltera de una niña de doce años. Por casualidad conoce a Efrén Ventura, famoso músico de rock e ídolo de su hija, y salta la chispa. Cuesta mantener la indiferencia ante el encanto del artista, pero todo cambia cuando aparece en escena Max, padre de Alma, desaparecido años atrás. Max ignora la existencia de su hija, y su llegada pondrá a Elba entre la espada y la pared. ¿Debe continuar la historia con una salvaje estrella de rock más joven que ella o darle una oportunidad a su primer amor y tener por fin la familia con la que siempre ha soñado?

Olga Salar una ofrece una historia irresistible con un difícil dilema y unos personajes atractivos y sugerentes... tanto los principales como los secundarios.

[Comprar](#)

HQN™

OLGA SALAR

*Un beso
arriesgado*



Un beso arriesgado.

Efrén Ventura, famoso músico de rock que tiene cautivado al público femenino, va a toparse con la prueba más dura a la hora de obtener inspiración para su próximo álbum: la bella joven que lo atrae y lo confunde es su mejor amiga... y periodista. Verónica, rubia y sexy, conoció a Efrén por medio de una amiga en común del periódico donde trabaja, y las llamadas ocasionales se han ido transformando en largos ratos de secretos y confidencias. Efrén es dulce, atractivo e irresistible, con un gran sentido del humor, pero no parece querer más que una amistad. Para colmo, el jefe de Verónica quiere que lo entreviste en calidad de superestrella. Con el recelo que los famosos sienten hacia los periodistas... ¿Será posible cruzar esa barrera? Verónica cree que sabe todo de él, menos lo que siente de verdad cuando la mira.

[Comprar](#)

HQN™

OLGA SALAR



En *Deletráme Te quiero* nos encontramos con Irene, una maestra de vocación, que está decidida a enseñar al que no sabe, aunque la lección sea el amor y el precio sea una apuesta que no está segura de poder satisfacer.

Aprender a amar es, a veces, la lección más difícil de enseñar o asimilar.

Irene tiene un carácter protector que la lleva a estudiar Magisterio infantil y a proteger a todas las personas a las que quiere. Moviada por ese afán de cuidar a sus seres queridos, sale con su hermana mayor a una discoteca para celebrar que esta vuelve a ser una mujer libre. Sin embargo, su noche se irá al traste cuando el hombre que la ha cautivado se interese por su hermana en lugar de por ella.

Aunque el detalle la dejó tocada, Irene no habría vuelto a pensar en ello de no ser porque el primer día del curso escolar se topa con una sorpresa entre la fila de padres que acompañan a sus hijos al colegio.

Desde ese momento, tendrá que lidiar con una niña huérfana de madre que apenas habla y que se aferra a ella en busca de afecto, y con el padre de la pequeña y su descomunal ego, solo comparable a su atractivo.

Como era de esperar, el amor llegará despacio y casi sin darse cuenta, entre relatos de lobos y cerditos arquitectos, gatos abandonados, letras y desencuentros cargados de química.

[Comprar](#)

HQN™

OLGA SALAR

contigo
lo quiero
todo



Contigo lo quiero todo.

¿Puede el hermano, amigo y profesor perfecto ser un desastre en el amor? ¿O es que el amor para ser real debe ser imperfecto?

Camden Nash era el hermano perfecto, el profesor enrollado y el mejor amigo que una chica podía tener. Sus carencias se centraban en el terreno sentimental, precisamente el campo en el que estaba interesada Charlotte Shepard o, más bien, en el que había estado interesada hasta que una delatora mancha de carmín le mostró lo que se había negado a ver: que Camden no era el tipo de hombre que se interesaba por mujeres inteligentes, independientes y formales como ella.

Por eso había apartado de su mente y de su corazón los sueños románticos y se había centrado en lo único que en ese instante necesitaba de él: su privilegiado cerebro. Imprescindible para terminar el proyecto del curso de verano que el decano les había obligado a impartir juntos. La pega era que por mucho que Charlotte deseara trabajar con Camden vía email, iba a tener que transigir y quedar con él... a solas.

Aunque, bien mirado, tampoco era un problema. Después de todo, ella no era su tipo, ¿no?

[1] Frío, porque ella ha estado aquí antes. Ella ya no llora, no mira atrás. No, ella no va al bar

Demasiados amantes ella se asusta. Y ellos la quieren de vuelta. Ella ama el control, ella lo quiere a su forma. Y no hay forma de que ella se quede a menos que renunciés
Ella ama el control, ella lo quiere a su forma. Y todo lo que quiere es solo un gusto, tú quieres renunciar.

[2] Solo nos dijimos adiós con palabras, he muerto cien veces, tú vuelves con ella, y yo vuelvo...

Solo nos dijimos adiós con palabras, he muerto cien veces, tú vuelves con ella, y yo vuelvo...